

"¡Madre santísima, no es nadie!"

Relatos de aparecidos en la ciudad de Morelia

Escuchar y contar relatos es una tradición de suma importancia para la preservación de la memoria en la mayoría de las culturas. A partir de éstos se configuran tanto el espacio como el imaginario colectivo, cubriendo de significados las calles, caminos, casas, monumentos o plazas: la historia de un lugar no está completa sin las voces que lo cimientan y edifican. Por eso es relevante prestar atención a las historias que rondan estos sitios.

Nos sentimos atraídos por la cantidad de narraciones que existen en la ciudad de Morelia acerca de fenómenos sobrenaturales; específicamente, relatos de aparecidos. En este contexto, los entendemos como aquellas narraciones exclusivamente orales, tanto en su génesis como en su enunciación, cuyo tema involucra situaciones paranormales. Es decir, donde hay un ente desconocido que altera y transgrede la cotidianidad, como puede apreciarse en el relato *El fraile del mercado de San Agustín*, donde el espíritu del santo doctor de la Iglesia se hace presente para castigar a un rico propietario quien, en su afán de construir un mercado, derrumbó las capillas del camposanto agustino.

En los relatos reunidos en este texto hay personajes de distintas épocas: los hay coloniales, contemporáneos e incluso atemporales. Sin importar su momento histórico, permanecen circulando en la tradición oral. Los relatos se han esparcido de tal manera que sus historias han llegado hoy en día hasta narradores de distintas edades y grupos sociales demostrando que, a pesar de tratarse muchas veces de relatos de lejanas épocas, perviven y se actualizan en las nuevas generaciones y vinculan a los espacios de la ciudad con sus moradores. Ellos son nuestros conocidos, amigos y familiares. En algunos casos, personas a las que llegamos gracias a un tercero que las recomendó por contar muy bue-

nas historias; en otros, personas que estuvieron dispuestas a interrumpir su rutina diaria como vendedores de alimentos, vigilantes, estudiantes, etcétera, para hablar con un completo desconocido que se acercó a ellos preguntando si sabía o recordaba alguna historia de aparecidos.

Los criterios utilizados para la transcripción y edición se basaron en los establecidos por el Laboratorio Nacional de Materiales Orales (LANMO). Los distintos fragmentos narrativos y conversacionales fueron identificados y aislados, asignándoles un subtítulo que los definiera; se buscó que dicho subtítulo fuera acorde a la temática tratada en el relato y que fuera muy descriptivo. En ocasiones, el título fue una frase dicha por el propio narrador. Como en una obra dramática, se marca el nombre del interlocutor antes de su intervención en mayúsculas. Transcribimos utilizando la puntuación gramatical, pero también marcando las pausas de los interlocutores al hablar.

En algunos casos la escritura de ciertas palabras no corresponde a las normas de la Real Academia Española ni de la Academia Mexicana de la Lengua, pues la prioridad es que refleje la realidad del habla de nuestros narradores. Es el caso de la contracción de "para" en "pa", que aparecerá sin comillas. Otros casos: pus (pues), ta (está), mijo (mi hijo), pa ca (para acá), pa lla (para allá), ora (ahora), orita (ahorita). Igualmente con otras formas de las palabras, como el caso de "nadien", la cual aparece en el título de nuestro artículo.

En la transcripción original del material buscamos la fidelidad al representar el habla de los conversadores e incluimos todas las intervenciones de los participantes sin omitir titubeos, repeticiones u otras cuestiones prosódicas. También fueron registradas entre corchetes las interacciones semipasivas del entrevistador, las cuales incluyen vocalizaciones como "mjm", "mmm", o frases como "ya veo", "qué bien", etcétera. Cuando aparecieron apodos, éstos se transcribieron con mayúscula inicial, incluyendo el artículo al principio en caso de tenerlo. Además incluimos algunos tratamientos como "don", "doña", "fray", etcétera, que los narradores utilizan a lo largo de sus relatos.

En cuanto a la edición del material, en primer lugar, las transcripciones fueron complementadas con fichas en las que se registran los datos del acto comunicativo y de todas las personas involucradas en las entrevistas, esto con el fin de entender mejor el contexto en que se dieron. Se registran datos como el nombre y edad del entrevistado, su profesión u oficio, su lugar de origen, etcétera; también los datos contextuales como el lugar y la hora de la entrevista y la manera en como encontramos a los narradores de los relatos.

Para el presente texto se eliminaron las indicaciones técnicas de transcripción, así como algunas marcas orales, bajo el criterio de que la lectura del texto fuera clara. Sin embargo, se dejaron aquellas que enriquecieran el discurso y dieran muestra del hecho oral en general, pero también del particular. Es decir, conservando las marcas del discurso buscamos mantener la voz de cada una de las personas entrevistadas. Debe recalcarse que se eliminan algunas repeticiones, partículas y fragmentos para darle coherencia al relato, pero nunca se agrega nada. Esto tiene como finalidad la de obtener un texto lo más fiel posible, además de legible y ameno dentro de los parámetros de la escritura.

A todos aquellos narradores que compartieron con nosotros las historias que se presentan en el siguiente corpus (muchas de ellas rescatadas de los círculos familiares de los propios narradores) les agradecemos su tiempo y colaboración sin los cuales no hubiera sido posible conjuntar los relatos que dan forma a esta investigación.

Este breve corpus fue recopilado, transcrito y editado por:

FÁTIMA CELESTE ACOSTA LÓPEZ
VÍCTOR MANUEL AVILÉS VELÁZQUEZ
MARICRUZ BARRERA CHÁVEZ
BEATRIZ CRISTINA BELLO ÁNGELES
SAÚL COLUNGA LÓPEZ
JOSÉ ROBERTO GONZÁLEZ CORTÉS
ARTURO DONIZETTI HERNÁNDEZ PADILLA
ANA ROSA MEDINA MUÑOZ

CINDY LAUREN MÉNDEZ MÁRQUEZ
ERÉNDIRA ALEJANDRA ORTEGA MEDINA
XANAI ORTIZ DÍAZ
BERTHA CITLALI REYES BALTAZAR
J. ROBERTO RICO CORTÉS
ARIZBE GABRIELA RUIZ JUÁREZ
THALÍA SERVÍN CHÁVEZ
LEONARDO DAVID SOTELO CHÁVEZ
JORGE ANDRÉS TRINIDAD GONZÁLEZ
ERIK JOSUÉ TRUJILLO CASTILLO
MARTHA FERNANDA VÁZQUEZ CARBAJAL

1. [Sale la mano que pide comida]

Pues pon tú, que era un señor de mucho dinero que vivía en esa casa, en donde está ahorita la UNAM, el Centro Cultural de la UNAM,¹ entonces se supone que su esposa se murió. Su esposa se murió y pues lo dejó viudo, y pues dejó a sus hijas sin madre. Entonces ya las hijas, bueno, tenía nada más una hija. Entonces el señor se vuelve a casar y ya se vuelve a casar el señor, y la madrastra pues trataba súper mal a la hija. El señor viajaba por meses: se iba de Morelia² y viajaba por meses. La madrastra se aprovechaba y dejaba a la niña encerrada sin comer ni nada en uno de los cuartos.

Entonces dicen que exactamente a las doce de la madrugada, o media noche pues, ya tú pasas por la calzada, y se supone que sale la niña, o sale la mano, que pide comida. Porque como a la niña la dejaba encerrada, esa ventanita, las que están en la calza-

¹ Se refiere a la casona colonial que se encuentra frente al bosque Cuauhtémoc, en la esquina entre la avenida Acueducto y la calzada Fray Antonio de San Miguel, popularmente conocida como calzada de San Diego.

² Morelia es la capital del estado de Michoacán, se localiza al occidente de México. Según el censo de INEGI, 2010, cuenta con 729 279 habitantes.

da, en las ventanitas pues sacaba la mano y pedía de comer. Y sólo así fue sobreviviendo hasta que ya no pudo más y apareció ya muerta. Porque pues ya no comía bien, o sea, nada más sacaba la mano y pedía, y muy poca gente hacía caso, porque creían que estaba loca.

Y pues ya murió la niña, y el señor llegó y todo, y se supone que pues ya se divorció de la señora, pero la niña murió.

Entonces dicen que se aparece todas las noches en la calzada pidiendo comida.

*Ariana Rodríguez Aviña, 23 años.
Pasante de nutrición.*

2. [Leonor]

Cuentan que esa parte era un convento. Había una persona joven que se llamaba Leonor, que se enamoró de un soldado o algo así. A ella no la dejaban que platicara con él, no la dejaban salir y sólo se le veía por una parte de su casa, por una ventanita donde ella platicaba pero nunca la dejaban salir. Y no sé qué pasaría, pero ella falleció ahí. No le daban libertad de salir a la calle, siempre estaba encerrada, me parece que era en la época posterior a la Revolución, ya en los treintas o cuarentas, que ella murió en esa casa y cuentan que después, en la noche, la veían rondar por ahí, en la parte de la casa donde estaba. Cuentan que sacaba la mano por una ventana para que la ayudaran.

Esto fue allá, ahí por donde están las tarascas,³ ahí cuentan la leyenda de Leonor, que la vieron varias personas después de su muerte y la veían penando por ahí, no sé si sería un castigo, no sé qué pasó y eso es lo que cuenta la leyenda.

Juan Ávalos Herrera, vendedor de nanches.

³ Según Juan Ávalos, en el actual Centro Cultural Universitario, de la UNAM.

3. [La muchacha y el taxista de los siete templos]

Pues hace mucho tiempo, un taxista estaba en el turno de la noche, estaba alrededor de todo Morelia y en una de sus rutas él cayó ahí por el panteón municipal.⁴ Ya era de noche, pero creo que era un día festivo, entonces era normal que muchos visitantes fueran al panteón ese día o esa noche; así que él dijo que iba a ver si había un cliente, y efectivamente había una muchacha bonita. Según me acuerdo creo que era una muchacha bonita: que si la subiera, que si la subiera y que la recorriera, diera el recorrido de los siete templos.⁵

Entonces el taxista le dijo que sí, y empezó el taxista a ir a los templos. Empezó con el templo de Las Rosas, empezó con la Catedral, y así sucesivamente se fue yendo hasta los siete templos principales de Morelia.⁶ Con el paso del tiempo, la muchacha pus estaba muy calmada, se veía muy serena y todo eso, y el taxista le empezó a preguntar que por qué los siete templos. Entonces la muchacha le dijo que era porque el siete era un número significativo para ella. En la última parada, en el último templo, ella le dijo que no tenía dinero con qué pagar, pero que tenía que ir al último templo, se tenía que bajar y de nuevo ir hacia el panteón municipal. Le dijo:

— Pero te doy un collar y te doy una dirección, esa dirección a la cual tú tienes que ir para recoger el dinero que te debo y a cambio le das este collar a la persona que te reciba.

⁴ El panteón municipal de Morelia se encuentra en la calle La Paz, colonia Morelos, al sur de la ciudad. Abrió sus puertas el 9 de octubre de 1885.

⁵ El recorrido de los siete templos es una actividad tradicional que se realiza el Jueves Santo, proviene de Roma e implica la visita de los siete templos principales de un lugar. En cada templo se reza y se leen pasajes bíblicos.

⁶ En Morelia los siete templos que se visitan comúnmente son: La Catedral, San Agustín, Las Cruces, San Francisco, Las Monjas, Las Rosas y La Merced. Todos se encuentran en el Centro Histórico de la ciudad.

Entonces el taxista le dijo que sí y la llevó al último templo, la esperó y todo, y cuando volvió al panteón municipal pues la dejó normalmente. La dejó y el taxista se fue con su ruta otra vez.

Días después, el taxista fue a la dirección donde le había escrito. Toca la puerta, lo reciben y dice:

—No, pues, este... tengo un collar, esta muchacha me lo dio y me dijo que usted me iba a pagar el servicio de taxi que yo le hice noches anteriores, porque la fui a llevar a los siete templos...

Entonces la persona que supuestamente lo recibió se quedó sorprendido porque le dijo:

—No, pues, este... la dueña de ese collar lleva siete años muerta, y la noche que usted dice que la vio, esa noche, pues cumplía años de fallecida. Así que pues le pago, pero pues no sé, no sé cómo usted pudo conseguir el collar y todo.

Entonces el taxista pues por lógica se asustó. Y pues ésa es la historia de la muchacha y el taxista de los siete templos.

*Guadalupe Guerrero Vallejo, 18 años.
Estudiante.*

4. Había retado a la niña

Verás, yo he tenido la suerte o la dicha o desdicha, no sé... de que en casi todas mis casas siempre me ha tocado, ya sean fantasmas o demonios. Te contaré una que yo creo que ha sido la que supuestamente, a comparación de mis padres, ha sido la más fuerte, pero que en realidad yo no recuerdo por ciertas situaciones.

Te voy a contar primero cómo era la casa: era, digamos, una casa linda, pero en realidad... bueno, resultaba que esa casa... yo estaba como en primero de secundaria o algo así, o sexto de primaria, no sé. El chiste es que en esa casa habían dos niños, como de época colonial parecía. El niño estaba vestido de shortcito, boina, y la niña con un vestido largo. A mi parecer habían más de dos niños. El chiste es que en esa casa mi hermana y yo siempre sufríamos de pesadillas, y una noche estábamos bien, y me

desperté de la nada; entonces me dieron ganas así de jugar muchísimo y dije: “bueno”. Entonces nada más agarré la muñeca... ah, no es cierto, agarré mi peluche que traía y... bueno, el chiste es que yo me salí al pasillo y estuve ahí sentada un rato. Eran como las tres, cuatro de la mañana o algo así. Entonces me quedé en el pasillo. Después no recuerdo nada de lo que pasó. Como entre cuatro y cinco de la mañana mis papás se pararon porque escucharon muchos ruidos en el pasillo. Entonces, cuando se despertaron, me vieron jugando a mí con muñecas y me dijeron:

– Lizeth, Lizeth.⁷

Y yo no respondía, y yo jugando. Entonces, cuando mi papá me agarró, o sea, vio que no era yo, dijo:

– Ésa no es mi hija.

Entonces estuvo tratando de que reaccionara, y después de unos minutos reaccioné y le pregunté:

– ¿Qué?, ¿qué hago aquí?

Y mi pa dice:

– No, ya nada, ya vete a dormir.

Y ya me fui a dormir y sólo recuerdo el día siguiente, pero no recuerdo esa parte. Después de un tiempo que nos mudamos de esa casa y todo el show, mi papá me dijo que esa noche había retado a la niña, que había agarrado una de mis muñecas y le había dicho a la niña, porque ya habíamos tenido contactos anteriores con ellos, entonces sabíamos, agarró la muñeca, la puso en medio del pasillo y le dijo:

– Órale, te dejo aquí una muñeca para que juegues con ella.

Entonces esa fue la noche en la que me paré a jugar... y que no recuerdo para nada... Ésa es una de muchas.

Liz, 21 años.

Estudiante de danza en Bellas Artes.

⁷ La entrevistada da golpes con las palmas de las manos, imitando a sus padres.

5. [La niña no les hacía nada]

A mí donde sí me tocó ver una muchachita fue en el Planetario, ¿te acuerdas, hija?

Era una muchachita que vestía ropa como del siglo XX,⁸ ¡chiquita! ¡Allí en ese Planetario!⁹ ¡Allí en la cafetería donde tenía yo rentado!¹⁰ De repente yo volteaba y veía una niña allí, pero hasta su peinado era de ese siglo.

Y dicen pues que allí era como unos jardines muy negros, ahí de gente muy rica, que sí pudo ser que allí hayan habido muertos o algo de eso. Pero de eso yo sí la llegué a ver así, pero era pues como una persona normal, o sea, no se veía deformada ni nada. Yo incluso la primera vez pensé y les empecé a platicar allí a las muchachas, digo:

— ¡Ahi venía una niña que venía disfrazada, así y así.

Y dice:

— Ay, ¿a poco ya la vio usted, señora Rosy? Es que ya la han visto otras personas.

Le digo:

— Pero pus no hace nada, nomás pus de repente la ves y de repente ya no la ves.

Ahí tenía yo uno de esos módulos de garrafones de agua.¹¹ Eran como seis garrafones así, y allí se paraba. Pero de repente la veías, luego de repente volteabas y pus ya no estaba. Y sí, no hacía nada, pero sí se veía su mirada triste, así como triste, como... Pero su ropa era pues, su ropa, su peinado era de esa época, de esa época... Fíjese que pudo haber sido... ¿Sabe?, pues ya de tantas cosas que uno ya no sabe si creer o ya no creer. Pero yo sí, esa niña sí la vi. Y me dijeron pues que sí, que la veían. Pero que no

⁸ Que llevaba una vestimenta antigua.

⁹ Se refiere al Planetario de Morelia ubicado al sureste de la ciudad, en el cruce de avenida Ventura Puente y avenida Camelinas.

¹⁰ Como dato autobiográfico, la entrevistada trabajaba en una cafetería cercana al Planetario.

¹¹ Estructura metálica que se utiliza para acomodar los garrafones de agua.

hacía daño, que no le hablaba a nadie ni la asustaba ni nada, nomás la llegaban a ver así: como de repente la veían y luego de repente ya no la veían; pero no, no les hacía daño ni nada, pues.

Doña Rosy, cocinera.

6. El cuarto de Concha

Mi abuelito vive en una casa en el centro, muy vieja, ahí en la calle de Morelos Sur a una cuadra de la Casa Museo de Morelos,¹² y desde chiquita siempre me ha dado miedo porque siempre cuando iba escuchaba ruidos aunque no hubiera gente, o escuchaba pasos como taconazos en el piso de arriba, o que alguien subía las escaleras cuando no había nadie. Una vez fui a visitar a mis abuelitos, yo tenía como trece años, iba saliendo de la secundaria y pasé a verlos, pero no estaban todavía; como que habían salido a comer o por una nieve, no sé, habían salido y todavía no regresaban. Entonces estaba sola la casa y yo pensé que no se iban a tardar mucho y me quedé ahí a esperarlos. Antes vivía mi tío en el segundo piso de la casa, pero esa vez que fui, mi tío ya se había cambiado y todo el segundo piso estaba deshabitado. Y ya, yo me quedé ahí totalmente sola. En la casa no había nadie más, y sí tenía algo de miedo por lo que ya me había pasado, pero de todas maneras ahí me quedé esperándolos y me puse a hacer tarea. Saqué mis cosas y estaba yo en la cocina. Y a un lado de la cocina hay un cuarto que es donde mi abuelito tiene sus libros y su computadora —es como su oficina y ahí tiene también a su secretaria, se llama Concha— y todos le decimos el cuarto de Concha, está justo a un ladito de la cocina. Entonces yo estaba ahí haciendo mi tarea y de repente escuché como sonidos, como lamentos que venían de ese cuarto y empecé a asustarme. Junto a

¹² Se refiere al Museo y Archivo Histórico Casa de Morelos ubicado en la calle Morelos Sur 323, col. Centro.

ese cuarto hay unas escaleras de madera que dan hacia el segundo piso y que suenan mucho cuando alguien sube o baja, y de repente también escuché pasos de alguien que subía o bajaba las escaleras, pero obviamente no había nadie en la casa. Me asusté mucho, le llamé a mi mamá y le dije que estaba muy asustada y que no sabía qué hacer, me dijo que me saliera a la calle y que cuando llegaran mis abuelitos ya me volviera a meter. Entonces me salí, pero no quería pasar por el cuarto de Concha donde había escuchado los lamentos. Me fui para la cochera por otra puerta para no pasar por ese cuarto. Y cuando estaba en la cochera —de todas maneras hay una puerta de cristal que da a ese cuarto— y cuando salí a la cochera voltéé para allá y vi que había como una figura, era como una sombra muy muy oscura, pero se veía claramente la silueta de una persona que estaba junto a la mesa donde mi abuelito tenía su computadora. Casi no vi mucho porque en cuanto vi eso, grité, y ya me fui corriendo a la calle: estaba muy muy asustada. No podía ni siquiera abrir la puerta de la calle porque me temblaban las manos, y temblaba toda, pero ya salí y esperé a que llegaran mis abuelitos.

*Araceli María Alanís Corral, 20 años.
Estudiante.*

7. [El duende]

En la casa donde actualmente vivo —ahorita ya es una finca de tres plantas— pero cuando yo recién me vine con mi esposo estaban dos cuartitos y no teníamos barda atrás, pues íbamos empezando. Entonces mi esposo trabajaba en el mercado de Abastos¹³ y él se tenía que ir a las tres o cuatro de la mañana. Y entonces un día que él se fue, se me ocurre pasarme al lado que él dormía. Después de que se fue yo tenía la luz prendida, la

¹³ Zona comercial ubicada al este de la ciudad de Morelia.

dejaba así porque me daba miedo después de que él se iba. Primero me tocaron la ventana en el primer cuartito, y yo grité que quién y no me contestaron. Y ya iba así como tratándome de dormir cuando sentí que me empezaron a mover la cama. Y yo estoy consciente de que vi un duende y brincaba, como cuando un niño está brincando en la cama. Y que la movía y la movía, y que yo estaba espantada, y que yo le gritaba a mi esposo, pero yo no me podía parar, no me podía mover, y estaba muy asustada. Y brincaba y brincaba. Y yo me acuerdo que él era chiquito, verde y tenía una risa bien diabólica, así como bien burlona, como... hasta las mejillas se le... una sonrisa muy grande que sí daba miedo. Yo me acuerdo que yo gritaba y gritaba, hasta que yo le dije que se fuera a la chingada, pues eso fue lo que yo dije.

Y ya no lo vi, ya me pude mover, pero ya no supe ni a dónde se fue ni nada. No vi que caminara, ya de repente me pude mover, y ya no lo vi. Eso fue lo que me pasó.

*Fátima Sofía Carmona Núñez, 29 años.
Ama de casa.*

8. ¡No manches!, se metió un señor

Yo estaba en... ya había entrado a la prepa. Todas las tardes nos reuníamos con mis amigos y jugábamos en el Nintendo, porque yo tenía Mario Kart y Smash, entonces jugábamos los cuatro. Mi mamá nunca estaba en la casa en la tarde y mi papá tampoco, no había nadie. Un día estábamos jugando y era con el horario de invierno, donde se hace noche más rápido, y pues como mi cuarto estaba hasta la orillita hasta el final, pues nos encerrábamos en el cuarto desde como las cuatro de la tarde, cinco de la tarde, que mi mamá se había ido. El chiste es que pues se empezó a hacer de noche y toda la casa estaba oscura, porque no habíamos prendido ni la luz de la calle ni de ningún lado. La puerta estaba abierta así como que súper tantito nada más, era una rendijita donde salía luz y se veía. Estábamos jugando bien felices y estábamos ahí sentados, entonces se nos ocurrió voltear y cuando

volteamos vimos un señor parado en la puerta, todos nos quedamos con cara de “¡no manches!,¹⁴ se metió un señor”, pero pues las puertas estaban cerradas y mi cuarto era el único que daba al patio. El chiste es que nos quedamos todos paniqueados¹⁵ porque habíamos visto un señor. Pero yo nunca creí, bueno, francamente yo no creí, bueno, el que nos asustó a nosotros, no creo, y sigo sin creer, que sea una persona mala, siempre lo tomé como que era mi abuelito cuidándome. Yo por eso no le tenía miedo, pero mis amigos sí se murieron de miedo.

*Anónimo, 21 años.
Estudiante.*

9. [La novia de la carretera a Pátzcuaro]

Yo oía pues de esa muchacha que dicen que salía vestida de novia ahí sobre la carretera a Pátzcuaro.¹⁶ Se venía para acá, pero entre las casas la veían allá.

Y luego, esa señora decía que por ahí pasaba la novia. Decía:

— Aquí se atraviesa y se pasa a ese cuarto.

Le decíamos:

— ¡Ay, Julita!, ¿pos cómo que se va a aparecer?

Dice:

— Sí, yo la he visto. Yo a veces estoy aquí rezando, pasa y se va.

Luego otros vecinos la veían, se venía, atravesaba todo, era puro llano todo ahí. Se atravesaba y salía hasta acá, hasta esta otra calle. Mas no sabemos por qué sería ni nada. Nada más, pues, la veían y mucha gente la vio. Dicen todavía:

— ¡Ahí viene la...! ¡Se va a salir la novia! ¡Va a salir la novia!

¹⁴ “no manches”: en este contexto se trata de una expresión de incredulidad.

¹⁵ *paniqueado*: ‘asustado’.

¹⁶ Se refiere a la antigua carretera Pátzcuaro-Morelia.

Nada más en la noche, después de las once de la noche. Pero esa señora la veía en el día.

Decían antes:

—Será un borracho. Estaría borracho el que la vio.

Pero no, porque seguía gente viéndola.

*Irma Hernández Yépez, 60 años.
Comerciante.*

10. [El fraile del mercado de San Agustín]

Lo que les voy a contar sucedió en los años de 1750, cuando recién se estaba construyendo la ciudad de Morelia. En ese tiempo estaba lo que es el convento de San Agustín,¹⁷ que fue uno de los primeros edificios que se hicieron en la, en la ciudad, en lo que es hoy la plaza de San Agustín, que es donde está el mercado de comida. En ese entonces era un huerto del convento de San Agustín. Cuenta la historia que un rico señor de la época decidió hacer allí un mercado para quitarle a los agustinos esa propiedad que era el cementerio de ellos. Lo usaban propiamente como cementerio, y resulta que él ordenó que se tumbara todo eso y que se demoliera, tumbaran las capillas. Todo se destruyó y se empezó a construir allí un mercado que después fue lo que se llamó el Mercado de los Agachados. Pero mientras se construía eso, cuenta la leyenda que ese señor se iba a jugar baraja con sus amigos en un callejón aledaño al monasterio, y se retiraba a su casa que era dos calles delante de donde hoy es el mercado de San Agustín, pues él tenía que cruzar por allí. Ya se sabía el camino de memoria, y aunque a veces iba tomadito por los alipuces¹⁸ que se echaba en compañía de sus amigos, bueno, pues él ya se iba, según.

¹⁷ Hoy exconvento de San Agustín, ubicado en García Obeso 162, en el Centro Histórico de Morelia.

¹⁸ *alipús*: 'bebida alcohólica'.

Resulta que en cierta ocasión lluviosa estaba la tierra muy fangosa, muy lodosa, muy difícil de cruzar. Mas, aunque él sabía el camino de memoria, no se le hizo difícil y agarró camino. Entonces de pronto empezó a escuchar ruidos extraños en sus alrededores. Él pensó que eran los relámpagos y la lluvia que caía. Cuál fue su sorpresa cuando de pronto vio que un fraile se le apareció en el camino. Lo llamaba, y él tembloroso, le dio miedo, pero sin embargo como era hombre, como luego dicen, “de armas tomar”, se hizo de valor y fue a donde lo llamaba el fraile. El fraile le dijo que por qué destruía su propiedad. Él entonces reconoció en ese fraile a san Agustín, el cual le dijo:

— Te voy a castigar por tu bien, hijo.

Y quitándose el cordón que ceñía su cintura con el hábito, le dio un cordonazo. Este señor, al sentir el latigazo del cordón, salió corriendo como pudo de esa área y cuenta la leyenda que se volvió loco. Nunca recuperó la salud. Y aún seguía diciendo que sentía el latigazo de san Agustín en su espalda, y así murió ese señor. Posteriormente allí ya se hizo el mercado que les digo: el Mercado de los Agachados. Actualmente es el mercado de comida de San Agustín. Eso es lo que la gente cuenta.

*Antonio Ríos Navarrete, 53 años.
Electricista.*

11. [Una amiga peculiar]

Cuando mi hermana Paloma estaba chiquita, ella solía decir que tenía muchos amigos que mis papás pensaban que eran amigos imaginarios. Les platicaba de una niña con la cual jugaba, de un señor que había estado mucho tiempo en la cárcel. Ellos mucho tiempo lo tomaron como simplemente imaginación. Y un día ella les dijo que iba a jugar con una viejita que siempre se sentaba a tejer debajo de un árbol. Y pues ellos le dijeron que estaba bien.

En ese entonces estaban rentando un lugar. Y ese mismo día llegaron las personas que les rentaban, que eran una señora y su

hija. Entonces, pues, entre la plática les contaron esto de mi hermana, que solía señalar lugares donde no había nadie y decir que ahí había personas. Y entonces ellas, antes que les dijeran mis papás que ella veía a una viejita atrás de la casa, les comentaron que su mamá de la señora, o sea, la abuelita de la muchacha, siempre se sentaba en la parte de atrás a tejer debajo de ese mismo árbol.

Entonces, cuando le comentaron esto de mi hermana, se quedaron muy impresionados todos y también asustados. Entonces decidieron bendecir la casa y, después de que bendicieron la casa, mi hermana jamás volvió a platicar de esa señora.

Alondra Rosana Jiménez.

12. [El misterio de la niña]

Esta es una historia que me pasó a mí, y fue en una oficina, una casa que rentaron para oficina a las alturas de la secundaria... ¿federal uno?, creo que es la uno, la que está por el Acueducto, a una cuadra de ahí, hay unas casas por esa zona.

Esa casa en aquellos años era una oficina que se llamaba CECOGRET¹⁹ y la usaban como para vender material didáctico, cosas así, pa la escuela: software interactivo, productos que a nadie le gustan... pero los maestros creen que son útiles. Yo... me gustaba ir allí porque tenía internet, era la novedad.²⁰ Esa oficina, pues te digo, iba yo por el internet y me quedaba en alguna de las computadoras que no estuvieran utilizando; era de dos plantas, así que en el segundo piso me quedaba yo, y las secretarias y cosas así estaban abajo.

En el momento que se fueron a comer, solamente estaba yo y una secretaria. Yo estaba en la computadora del piso de arriba,

¹⁹ No sabemos a qué se refieren estas siglas.

²⁰ El relato sucedió alrededor del 2004.

y ella abajo. Yo no hacía ruido, así que ella dijo: "Ah, pues ya me voy a la chingada".²¹ Y se le hizo fácil levantarse, cerrar la puerta y apagar el interruptor por afuera, que había una ventana. Entonces yo, mientras estaba en la computadora, solamente escuché el "wuuu" de cuando se va toda la luz en la casa. Y: "Ah chingao,²² pues, ¿qué pasó?". Entonces lo siguiente que escucho es cómo cierran la puerta con llave. En el momento en el que bajo, me doy cuenta de que, pues, de que estaba encerrado, y que se había ido la tipa luego luego, así que se quedó una penumbra bien silenciosa, bien gacha en la casa.

Nunca había estado ahí en ese lugar solo, pero el hueco que hace el silencio como tal, a pesar que era de día y estábamos pues en una colonia no muy callada, lo sentía muy pesado, pero...

Mi instinto de supervivencia en ese entonces me dijo que tenía que restaurar la luz. Pero como no sabía cómo y dónde estaba la fuente de poder en esa casa, tenía que explorar un poco, así que ya cuando por fin descubrí dónde estaba, había unas cajas pesadísimas de material didáctico apiladas: una enfrente de otra como montaña, y no podía. Yo era un niño en ese entonces. Tenía yo once años y eran muy pesadas para mí las cajas.

No, no sé cómo le habrá hecho la tipa esta para moverlas luego luego y salirse inmediatamente antes de que yo pueda bajar, pero... o sea, yo recuerdo que fue todo muy rapidísimo, así que solamente escuché el apagón de las luces, y que ella cerró la puerta y se fue, casi en diez segundos, ni de reaccionar me dio tiempo.

Como igual estaba yo arriba en mi asunto con la computadora, creí que se pudo haber ido la luz, y no le di importancia a que se haya ido, solamente cuando escuché que cerraban la puerta ya fue cuando reaccioné y bajé.

Ah, y aparte como era material didáctico, no podía aventar las cajas para llegar a la luz, así que me tocó hacer como alpinismo

²¹ En este caso, la frase puede entenderse como "Ya me voy".

²² *chingao*: del participio masculino del verbo chingar, en este contexto funciona como una interjección de asombro o confusión.

con las cajas para poder llegar al otro lado y en un huequito que había, poder meter la mano y llegar a la luz.

Cuando encontré dónde estaba la fuente de poder e intenté mover las cajas para allí poder prender los switches, me di por vencido porque: “¡Ash, están muy pesadas y no las puedo aventar porque podría romper algo!”. Me di por vencido y dije:

– Mejor me espero a que vengan por mí, no pueden tardar mucho.

Pero al momento de esperar en silencio en ese lugar, en el segundo piso se escucharon pasos de alguien corriendo de un cuarto a otro, lo cual me sacó de súper pedo.²³ ¿Cómo describirlo? Estás parado en un cuarto y escuchas que arriba de ti hay pasos y se van al cuarto de enfrente pero del lado de arriba.

¿Sí has escuchado cuando alguien camina arriba de ti en otro piso? Que son como pasos ahogados: cú, cú, cú, cú. Tonces algo así se escuchó, pero de poquito a más recio, casi casi como si estuviera caminando y empezara a correr hacia el otro lado. Al momento de escuchar eso yo me puse pálido. Y obviamente mi instinto de supervivencia me dijo: “Tengo que salir de aquí y para salir de aquí necesito energía”.

Tonces cagado del miedo me fui a las cajas y me salió energía yo creo que del susto porque pude mover todas las cajas a un lado sin que se cayeran. Tuve que estirar aun así el brazo mucho para llegar al interruptor, pero logré encenderlo, y al menos ya había luz, porque a pesar de que era de tarde, con las luces apagadas se veía un poco oscuro, pero ya con las lámparas blancas era un alivio. Así que al menos el resplandor de los focos hacía un poco de ruido en ese hueco silencioso.

Y me dispuse a llegar al, al segundo piso para prender la computadora y usar el *messenger* pidiendo auxilio, pero evidentemente me daba miedo subir porque allá arriba había escuchado los pasos. Así que empecé a subir con cuidado, era una escalera en espiral y empecé a subir de poco en poco. Al momento de llegar

²³ “Sacar de pedo”: expresión común en la jerga mexicana. Significa causar confusión.

arriba había dos cuartos como en una especie de sala pequeña; o sea, dos cuartos, una puerta a un baño, y el otro cuarto. Otros dos cuartos donde estaban las computadoras, así que en lo que iba subiendo, la puerta del baño estaba cerrada, pero recuerdo yo bien que había una pelota como de tipo yoga de plástico, que la tenían allí guardada porque no se había vendido.

Tonces estaba en el baño. El baño no servía tampoco, pero estaba allí guardada, e inflada. Así que iba subiendo y todo normal, pero cuando estaba llegando arriba, empezó a botar la pelota.

La puerta estaba cerrada, así que yo no la veía, pero empezó a hacer ese ruido que hacen las pelotas de plástico cuando rebotan, como: "tuquín, tuquín, tuquín". Empezó a botar y dije: "Uh, en la madre". Así que corrí, corrí sin importarme la pelota que brincaba detrás de mí, encendí la computadora, y... maldito *windows*, *windows* dos mil o no, equis, dos mil o equis pe, ya no me acuerdo, creo que era equis pe.

Empezó lentísimo y luego, para colmo, el internet tardó en... total fue una espera en nervios en lo que se prendía la computadora y la pelota dejó de botar. Dejó de botar y se escucharon los "tuc tuc tuc tuc", los rebotitos chiquitos que hace cuando la dejan caer, y ya. Prendió la computadora, abrí los programas y, en lo que se abrían lentamente, los pasos otra vez, de un cuarto a otro: "ta ca ta ca ta ca ta ca ta", y yo: "Aaaah". Tonces se abrió el *messenger*, y la única persona que estaba conectada a esa hora era un hermanastro y por suerte pues ya lo contacté, le dije que que le hablara a mi mamá, que estaba encerrado, que viniera por mí, y ya me dijo:

— Ah, sí. Deja veo.

Y ya, que porque nadie tenía llaves, entonces tenían que ir por ellas. Se pusieron en contacto y venían por mí. En lo que venían, me quedé todo como pollo temblando en el cuarto de la computadora. Y por suerte no se escucharon más que esos pasos después.

Al momento de llegar alguien, bajé corriendo, le dije la situación y nos fuimos felices con el misterio de la niña, porque después me dijeron que, según eso, otra empleada había visto una

niña en ese lugar, pero no saben. Ya no supe si me estaban bromeando o no, pero quedó la conclusión de que era un ente femenino pequeño.

*Elfego Álvarez González, 24 años.
Cineasta.*

13. [El señor de la casa]

Ahí en mi casa²⁴ se cuenta que el antiguo dueño de la casa, esposo de la señora que nos renta a nosotros, se suicidó en el patio, en el patio de nuestra casa, en el patio trasero. No sé cómo muy bien, no nos han dicho. Dicen que se pegó un balazo, otros dicen que se colgó. La verdad no nos hemos atrevido a preguntarle a la señora, pues quién se atreve a preguntar eso.

Pero sí se siente así, como que una vibra medio rara en la casa, de repente. Yo duermo, pues, en mi cama, está pegada al pasillo, y en la noche se escucha así como que alguien anduviera caminando, no sé. La cocina: se escuchan así ruidos raros, como que mueven las sillas, como si pusieran un vaso de agua en la mesa y cosas así.

Una vez, lo que le pasó a un hermano es que él, en su cuarto, dice que ahí antes sí se escuchaban muchas cosas, dice que últimamente ya no, pero antes, una vez, dice que él estaba acostado en su cama y que estaba cobijado, y de repente sintió como que alguien se hubiera sentado en la cama, y pus él sí pensó que era mi otro hermano y se destapó, y no, no había nadie. Se espantó y se tapó todo. Dice que se quedó bien callado para ver qué escuchaba, y dice que escuchaba como una respiración debajo de la cama.

²⁴ Calle Camelia 316, col. Las Flores, zona centro.

Una vez estaba solo, llegué de la escuela a la casa y no había nadie. Me puse a hacer mis cosas, me cambié, me puse a comer. Ya cuando entré a mi cuarto, escuchaba así como un lamento chiquito, y dije: "ha de ser al lado". Y resulta que me estaba acercando a un ropero y un mueble, y se escuchaba más fuerte. Me iba acercando, y como que se escuchaba en un rinconcito el lamentito, y no, pues me saqué de onda y que me salgo de la casa. Ya hasta que no llegó alguien me volví a meter.

Sí, son varias cosas pues las que pasan. A mi mamá no le pasó, sino a mi papá, mi papá ya falleció. Le dijo una vez mi papá que vio algo en la casa, pero algo muy feo, y le dijo a mi mamá:

— No te digo porque si te digo te vas a querer ir de la casa.

Y nunca le dijo, nunca, se lo llevó a la tumba mi papá. Quién sabe qué vería.

A Daniel,²⁵ pues no a Daniel precisamente, sino que igual, a su novia, cuando eran novios, iban ahí a la casa, pues, y en el mismo cuarto que pasó lo de la cama y todo eso, mi cuñada, esa vez estaban ahí en el cuarto, creo que se quedó a dormir ese día. Y dice que también estaba escuchando muchos ruidos en la cocina, pero que ese día escuchó como que alguien estaba platicando. Pensó que éramos uno de nosotros, y se levantaron a ver, y no, pues no era nadie.

Sí son muchas cosas lo que se escucha en esa casa. Yo a pesar de todo lo que escucho, no soy miedoso, porque, como dicen: "No creer, hasta ver".

También unas cosas que pasan en la noche es que nosotros tenemos una puerta trasera que da al patio, una vez escuché así como que le dieron un golpe, pero muy fuerte pues, y yo pensé que se había caído algo, y me levanté y me fijé, y nada. Y así se escucharon varios días. También la puerta principal, pues, se escuchaba así como que le llegaban a dar un golpe y se iban.

²⁵ Su hermano.

Pero así de llegar a salir, pensar en salirnos, pus no, como que más bien ya nos acostumbramos a escuchar cosillas así. También nos dicen que hagamos una limpia, que echemos agua bendita, ya sabes pues, las, las soluciones, pero pus no.

Armando Avilés Bautista, estudiante.

14. [La niña en el escalón veintitrés]

La que sí te puedo contar es que de niño, aquí en lo que era, en mi casa, en mi cuarto... Mi cuarto está en la parte de atrás de la casa, tiene como un pequeño, pus, un pequeño cuartito, llamémoslo de alguna manera, debajo de unas escaleras. Haz de cuenta que sí, este ha sido siempre mi cuarto, pero de niño me acuerdo mucho que escuchaba cadenas en la noche, pero cadenas pesadas arrastrándose. No sabía yo lo que eran, y pus yo de niño, pus ya ves que no le tomas tampoco tanta importancia, dices: "ah, una cosa equis ya". Pus me ponía a jugar, me ponía a todo, de repente empezaba a sentir que me, poco a poco empezaba a sentir una presencia pesada aquí en mi cuarto, del cuartito ese que te digo que está debajo de la escalera, sentía que me observaban. Hasta que llegó un punto en el que ya no resistía o ya no me gustaba y empezaba a gritar:

—¿Qué es lo que quieres? ¿Qué buscas de mí?, o ¿qué quieres de mí?

Mis papás pus ya sabían eso y de repente empezaron, ya sabían, pues ya les había platicado, pero en un principio, pus, no pensamos que fuera gran, algo, más bien como alguna, idea pues de... atrás, en la parte de atrás, siempre habían tenido un criadero de dobermans, digo, de gran danés, perdón, pero los tenían, los tienen en la azotea, o sea, no puedo escuchar las cadenas, aún ahora cuando están encadenados no se escuchan las cadenas cerca de mi cuarto. Luego, con el tiempo mis papás cuando subían las escaleras, exactamente en el escalón veintitrés, sentían así

como un, que los jalaban hasta el, como que los jalaban, pues, hacia abajo. De repente, un día, dejó de sentirse eso, así de la nada.

Eso fue cuando yo tendría unos cinco o seis años, menos. Total, pasaron varios años y más o menos por ahí de cuando yo tenía ya unos dieciséis, diecisiete, me levanté una vez en la madrugada al baño y cuando salí al pasillo de mi casa, haz de cuenta, podrías decir que es un pasillo largo... pus no largo, pero un pasillito, y al fondo de ese pasillo desde saliendo de mi cuarto del lado de la mano izquierda está un, está lo que viene siendo el estudio, es un espacio donde guardamos todo, libros, cajas, con cosas, y así, más que estudio, una como bodega. Cuando es luna llena, entra, se ilumina un poco más, se ve así como si estuvieran alumbrando desde afuera, pues; si no hay luna llena todo el resto del mes está oscuro, es boca de lobo. Pero haz de cuenta que me levanté al baño, pues, y volteo, nomás me quedo viendo, así de repente pus sentí como que me, se me ocurrió, que allí en el pasillo que voy viendo la figura de una niña parada, así como en la película de *El Resplandor* casi casi, sí, la neta. No me acuerdo si sí fui al baño o me regresé a dormir, la verdad no, sólo recuerdos, imágenes y shock. Y, ya, pus de repente, se me escondían las cosas, desaparecían juguetitos o mis llaves o así. La más canija que llegó a pasar fue de que llaves, pues, las que tenía cuando estaba en la secundaria de aquí de la casa, de repente un día desaparecieron y pus así como: "ah, ¿qué, qué onda?". Pus no las encontraba, busqué en todos lados: en mi cuarto, donde se ponen las llaves, no estaban. Yo siempre las había colgado detrás de un ganchito que le clavé a la puerta de mi cuarto, siempre las ponía ahí, para tenerlas a la mano. Pues te digo que duré como mes y medio, dos meses, sin llaves, y un día me manda mi mamá que le bajara unos zapatos de ahí de su cuarto, y las llaves ¿no van estando adentro de esos zapatos?, de la caja de los zapatos que mi mamá tenía, pus, como también más o menos dos años que no se los ponía. Y bueno, este, de repente, también eso dejó de pasar cuando un día, hace como unos tres años, mi papá se despierta alterado en la noche, en la madrugada, pero despertar entre comillas porque seguía dormido, na más se levantó de la cama y a la pared le dijo:

– Adiós.

Y pus mi mamá, mi mamá espantada de:

– Pus, ¿qué traes?

– No, me estoy despidiendo de...

Mi papá diciendo dormido, contesta:

– No, pus me estoy despidiendo de la niña.

Pus una niña vestida, vestida de blanco y rodeada de un halo blanco. Y desde entonces ya se calmaron las cosas aquí. ¿Que quién habrá sido, qué esperaba, qué estaba buscando, qué fue lo que al final la calmó? Quién sabe.

*Adrián Ávalos Mejía, 24 años.
Estudiante.*

15. Su mano estaba bien fría

Sucedió de que ella entró a trabajar. Entraba a trabajar a las tres de la tarde. Aquí estaba el director en la dirección, estaba yo, estaba el Juli, estaban algunos compañeros todavía por ahí. Total, que ella entró acá a la cocina y como a los quince minutos empezó a gritar. A gritar, a llorar, así pero recio. Entonces yo escuché y le corrí para allá, y también el director.

Todos fuimos para allá, y estaba, la señora estaba temblando así del miedo. Así, bien pálida. Y yo le pregunté qué pasaba,²⁶ también el director, y no nos contestaba. Ya después dijo que, que se le había aparecido una persona atrás y que le tocó el hombro. Que su mano estaba bien fría. Entonces que la tocó y que se asustó, y no, que pues no se podía salir. Y empezó a gritar. Se asustó muy muy feo. Se puso a llorar de tal manera que ni el director ni yo la pudimos controlar.

²⁶ Él es el policía asignado para vigilar el Museo.

Después ahí pusieron una veladora, y creo que después trajeron a un sacerdote por ahí, pero creo que no funcionó tanto porque siguen asustando. O sea, siguen habiendo pues cosas así.

Pues fue una cosa muy horrible. El director ahí estaba y se dio cuenta, y mucha gente. O sea que aquí como que nadie se escapa.

*Magdaleno López Jacinto,
vigilante en el Museo del Estado.*

16. [Salida a Mil Cumbres]

En mi antiguo trabajo, el año pasado (ubicado en salida a Mil Cumbres),²⁷ yo trabajaba en un horario de cinco de la mañana a diez de la noche y a las diez comenzaba de guardia a trabajar cuidando el negocio. En el mismo lugar, una de tantas veces, era muy tarde y yo tenía que cerrar la puerta de la entrada principal, sería alrededor de las doce o un cuarto a las doce de medianoche, cuando estaba a punto de cerrar — está lo que es la carretera federal ahí, luego está el negocio —, observé un poco hacia la carretera y vi una niña como alrededor de ocho años. Iba caminando por toda la carretera con una bata blanca como de dormir. En ese momento pensé que posiblemente había habido un accidente o los papás de ella se habían peleado y ella salió a echarse a caminar, pues, desesperada. Eso fue lo que pensé, pero en ese momento le hablé, le dije:

— ¡Oye, niña! ¿A dónde vas?

La carretera estaba sola, no había ningún carro que pasara por ahí. Como a veinte metros está un puente. Entonces la niña iba caminando, yo le hablaba y no me contestaba. Jamás volteó a verme y llegando precisamente al puente está una lámpara, por donde aluza la pasada de los carros de la carretera, la niña ya

²⁷ Carretera Morelia-Toluca que pasa por la colonia Mil Cumbres cercana al cerro Punhuato en Morelia, Michoacán.

jamás pasó. Entonces yo considero que abajo del puente desapareció. Jamás la volví a ver en mi vida. Sí, esa es mi historia.

*Gerardo Chávez Álvarez, 26 años.
Guardia de seguridad.*

17. [Una mujer caminando]

Fue una madrugada, iba a recoger a un cuñado que venía de Estados Unidos al aeropuerto. Eso hace, aproximadamente, no sé, unos... entre ocho y diez años, tal vez. La colonia, eh, se llama... está entre Lomas de Punhuato²⁸ y Paseo de las Lomas,²⁹ ahí está. Ya venía sobre el Paseo de las Lomas, yo entonces vivía en esa colonia, Lomas de Punhuato. Entonces, vengo bajando una calle que está de bajadita y, antes de cruzar una calle, veo una mujer cruzar. Curiosamente iba hacia la... enfrente de mí iba circulando una calle hacia la izquierda, curiosamente, hacia donde yo tenía que dar vuelta también. Tonces me doy la vuelta y, por curiosidad, no insistente, pero volteo a verla así, al rebasar pues, lento, — como voy dando la vuelta, pues todavía iba lento — para rebasarla y... mirarla. Pues, digo, te despierta curiosidad a esas horas de la noche ver a una mujer caminando, normal, traía jeans, una blusa como rosa o algo así. Y volteo y la veo, normal, ella no voltea a verme ni nada de eso, yo viendo hacia el frente. Entonces, pues sigo avanzando y así, conforme la vi, sigo avanzando y la busco por el espejo, o sea, lo típico, ¿verdad?: no hay nadie más en la calle, está desierta. Y así como me dio curiosidad verla, así igual la busqué por el espejo y ya no la vi. Entonces, pues sí, se me hizo raro. Por un momento sí sentí cierto temor por... pensando que fuera algo, pues, sobrenatural.

²⁸ Al este de la ciudad de Morelia, junto al Parque Cerro de Punhuato.

²⁹ Calle en Lomas de Punhuato.

Pasó y al día siguiente, como pasé, te repito, era mi rumbo, por donde vivía, este, paso a verificar dónde, o sea, en dónde pudo haberse metido, en la esquina esa de donde te digo que yo di vuelta era un lote baldío, pero estaba alambrado, ya ves de esos lotes que... como malla, pues para que no... la gente entre o eche basura y todo eso, sí, totalmente rodeado de malla, pues. Y después seguía una pared, la siguiente casa era una pared larga y la puerta estaba un poco retirada. Por más que le busqué no, no encuentro a dónde pudo haberse metido, y tampoco no pudo haberse cruzado la calle porque, yo te digo, inmediatamente voltee a ver el espejo para verla. Y pus, ahí me quedó la, pues, la curiosidad y la duda.

*José González, 46 años.
Taxista.*

18. [Y se burlaba de mi niña]

Tengo dos niñas, dormían juntas, duermen juntas. Y, de repente, una de ellas se... algo le pasaba que se despertaba en la noche, se sentaba y se quedaba viendo para allá, viendo para acá y se volvía a dormir, no sé a qué se debía eso. Una de las noches pasó que se sentó igual — como ya estábamos nosotros acostumbrados a verla que se sentaba dormida —, y se sienta y se quedaba viendo el ropero, se quedaba viendo, se quedaba viendo. Ya, de repente, empezó así como a... como a sudar, a darnos muestras como de miedo, como que quería decirnos algo y no podía, no sabía qué decirnos. Se quedaba viendo fijamente los cajones del ropero, y mi esposa dice:

— Como que algo no está bien.

Ya va y la abraza, y le dice:

— ¿Qué te pasa? Cálmate. ¿Qué tienes?

Y ya empezó a sudar mi niña.

— ¡Es que ahí está un muñeco, ahí está un muñeco!

Volteábamos y apuntaba justo a los cajones del ropero. Nosotros no lo veíamos. Y mi niña:

— ¡Ahí está, se está riendo de mí, se está riendo de mí!

Y yo lo que hice fue darle la espalda al ropero y ponerme entre el ropero y ella y...

— ¡Ahí está, ira, ahí está!

Me esquivaba y apuntaba al ropero. La agarré y prendí la luz del cuarto, y pues yo no veo nada, ¡pues sabe! Ya lo que hizo mi esposa fue le... le apretó su cabecita hasta que empezó a tranquilizarse solita.

Ya para la mañana, ya cuando amaneció:

— A ver, ¿qué soñaste?

— Yo no soñé, allí había un muñeco, un muñeco de gorrita y tenía una bolita de color dorado en la punta, un muñeco chiquito barbón.

Pero justo, ah, no sé, tres, cuatro días antes yo vi en el mercado — porque yo vendía pan en el mercado —, vi unos muñequitos en unas cajas, unos... ahorita no me acuerdo cómo les llaman: unos gnomos. Vi unos gnomos, un señor que fue a vender gnomos. Había viejitos, unos no viejitos, pero unos rosas, unos morados, uno sentado, uno parado... ya me le quedé viendo a un muñequito y le digo:

— ¿Y estos como para qué son?

— No, pues cada uno tiene su función.

Me dice:

— Cada uno tiene su nombre, tiene su función.

Y a mí el que me llamó mucho la atención supuestamente decía que era para llevar armonía a la casa, y me le quedé viendo y yo sentía como que me hacía para acá, y sentía que volteaba a verme el muñeco. Y pensé: "voy a decirle a mi esposa a ver si llevamos un muñeco a la casa". Pues curiosamente yo no les había dicho nada en la casa, ya hasta que mi niña empezó a decir eso fue que platicué con mi esposa, y le digo:

— ¿Sabes de que yo vi un muñeco así y asá?

Y, de hecho, había pensado yo tomarle una foto para que lo vieran, dice:

— Pues ya con esto, ya olvídale.

Me quedé pensando: "¿Cómo, cómo pudo haber pasado eso?", que yo apenas estaba pensando en traer un muñeco y ya mi niña lo estaba viendo en la... Pero curiosamente lo vio sentado en la agarradera del ropero, y dice que se estaba burlando y que movía sus patillas, y burlándose de mi niña.

*Óscar Hernández, 58 años.
Guardia de seguridad.*

19. Si don Elías ya se dobló...

Allá en la gasolinera de mi abuelo, donde yo trabajé pues muchos años, una vez me tocó ver cómo mataron un señor. Y en una ocasión, después, se remodeló la gasolinera y pus nos tocó quedarnos ahí toda la noche. Y haz de cuenta que, como a las cuatro, cinco... como a las tres, cuatro de la mañana ya se empezó a ir la gente. Yo me subí a la oficina a dormir un rato y oí ruidos y me asomo y vi al señor ese que iba caminando.

Pero ya estaba, pues, ya lo habían matado hacía como dos años. Dije: "Bueno, ¿este güey qué anda haciendo aquí?". Nomás que haz de cuenta que yo oí ruidos y pues me desperté, y pus me asomé y lo vi clarito al cabrón y salí... la verdad, salí con la fusca porque dije: "no vaya a ser el diablo y entonces sí". ¡Y no había nadie! Y estaba el velador y le digo:

— Oye, ¿pus qué onda?

— No, pus si yo estoy dormido.

Le digo:

— Pues si tú eres el velador, hijo de la chingada, ¿cómo vas a estar dormido? ¡Cabrón!

Así, pero así clarito, hasta con la ropa que usaba el señor, porque, o sea, lo mataron ahí, pero el señor vivía enfrente de la gasolinera. Era velador de un hotel que estaba ahí. Don Elías se llamaba y yo lo conocía bien porque ora sí que platicábamos y echábamos relajo y todo. Y se lo quebraron porque se... pues era

medio enamorado y se enamoró de una que ya estaba casada, y el que... el marido, pues delicado el güey. Se lo quebró allí, se lo quebró en la gasolinera.

Como yo estaba dormido oí los ruidos y dije: “¿Pues quién chingados anda todavía ahí?” Me asomo y lo veo, y... inconscientemente: “pues es don Elías”. Y ya me digo: “¡Ah, cabrón, pus si don Elías ya se dobló! ¡Cómo va a ser don Elías!”

Julio Tapia, 60 años.

Fuentes de consulta

INEGI, 2010. “Panteón municipal, un lugar histórico y con mejores servicios”. En línea: <http://www.morelia.gob.mx>

Bibliografía citada

SECRETARÍA DE TURISMO MUNICIPAL, 2015). *Convento de San Agustín*. En línea: <http://www.travelbymexico.com/morelia/activos/?nom=bmorconvagustin>